Tomasa Cuevas Gutiérrez
Jorge J. Montes Salguero (editor)
Testimonios de mujeres
en las cárceles franquistas

Ficha catalográfica

Cuevas Gutiérrez, Tomasa

Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas / Tomasa Cuevas Gutiérrez;
edición preparada por Jorge J. Montes Salguero
Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004

913 p. : il ; 21 cm. - DL. HU-335/2004 - ISBN 84-8127-150-0

1. Mujeres presas-España-1939-1955. 2. España-Historia-Guerra civil, 1936-1939
Mujeres. I. Título.
946.0"1936/1939"(092.02)
929-055(460)"19"

© Tomasa Cuevas Gutiérrez
© De esta edición: Instituto de Estudios Altoaragoneses

Edición y coordinación: Jorge J. Montes
Corrección: Ana Bescós
Fotografías y documentos: Tomasa Cuevas
Diseño de cubierta: Marta Chéliz
Ilustración de cubierta: Guinovart (del libro *Cárcel de mujeres, 1939-1945*)

ISBN: 84-8127-150-0
Depósito legal: HU-335/2004

Preimpresión: Arascán
Imprime: Grafic RM Color, S. L.

Instituto de Estudios Altoaragoneses (Diputación de Huesca)
Parque, 10. E-22002 Huesca • Tel. 974 294 120 • Fax 974 294 122
www.iea.es • iea@iea.es

ÍNDICE

Introducción a una edición necesaria e imprescindible 11
LIBRO PRIMERO. *Cárcel de mujeres (1939-1945)*
Prólogo, por Teresa Pàmies 21
Introducción 25
1. Pascuala de mi pueblo 69
2. Las hermanas penadas a muerte 75
3. La falsa acusada 81
4. Ceci me respondió en años difíciles 83
5. La católica 85
6. La luchadora 89
7. Un parto en la cárcel 91
8. Ayudar a las milicias 97
9. La cárcel de Guadalajara 101
10. La menor 127
11. Un testimonio póstumo 145
12. El Socorro Rojo 149
13. No olvidó a sus compañeras 159
14. Pasos clandestinos 163
15. La Dinamitera 169
16. Las monjas recuperan su convento 181
17. Otra de las menores 195
18. Otra cárcel que se cierra 209
19. La socialista 219
20. La comandante de intendencia 227
21. La extremeña 241
22. Ventas y Segovia 249

LIBRO SEGUNDO. *Cárcel de mujeres: Ventas, Segovia, Les Corts*
Prólogo, por Josep Benet 265
Introducción 267
1. La cárcel 273
2. Un diamante en bruto 297
3. Las Alicias 319
4. Prisión de madres 321
5. Paz 347
6. La sindicalista 361
7. Parte de una vida 381
8. Las labores 401
9. La catalana 409
10. La manchega 439
11. El olvido y la historia 441
12. Propaganda clandestina 457
13. Llego a Barcelona desterrada 467
14. La funcionaria de prisiones 507
15. De la cárcel a la clandestinidad 509
16. La fuga 517
17. El paso de la frontera 529
18. Les Corts 537
Epílogo, por Josep Bonifaci 583

LIBRO TERCERO. *Mujeres de la resistencia*
Prólogo, por Francisco Candel 589
Introducción 591
1. Las guerrilleras 593
2. Ayuda a guerrillas 621
3. Dos viejas luchadoras 657
4. La ciega sin alas pero con mucho valor 681
5. Las de Madrid 707
6. Las burgalesas 767
7. Las valencianas 783
8. Aragón y Cataluña 825
9. De Les Corts a la clandestinidad 841

Bibliografía 901
Índice de cárceles de mujeres 907
Índice onomástico de las mujeres más representativas 911

En el capítulo 6 del Libro II, titulado *"Cárcel de mujeres. Ventas, Segovia, Les Corts* "Petra Cuevas relata su paso por las cárceles de Franco. El relato va precedido de unas breves líneas de la autora del libro Tomasa Cuevas

Capítulo 6

LA SINDICALISTA

Petra Cuevas: la conocí en Ventas cuando llegué con la expedición de Amorebieta. No tuve mucha amistad con ella, pues estábamos en distintas galerías. Nuestro apellido nos unía y en muchas ocasiones nos tomaban por hermanas. Las dos éramos menuditas. La recuerdo siempre como una buena compañera. Era muy alegre. Al verla no se podría pensar que la cárcel la llevaba tan mal como ella nos dice ahora.

Me llamo Petra Cuevas, soy de Orgaz y desde muy joven vivo en Madrid. Fue en el año 34 cuando de una manera casual empecé a participar en el movimiento obrero. El día que empezó la huelga de octubre, yo desconocía totalmente lo que se preparaba, pero al salir a la calle y ver el ambiente pensé que no debía presentarme al trabajo (que por cierto el taller estaba a cinco minutos de mi casa). A pesar de todo, a las nueve y media fui a ver qué habían hecho los demás y me encontré que estaban trabajando. Subí, y como no supe justificar mi retraso quedé despedida. Así fue, de esta manera tan simple, como me vi salpicada de comunista y de cabecilla, porque al saber que me habían despedido nadie volvió al trabajo. Los dueños del taller concentraron su odio hacia mí y dieron aviso a los demás patronos para que no me dieran trabajo. Por entonces yo ingresé en UGT y me mantuve siempre en contacto con los compañeros del taller, los cuales me procuraban el trabajo que podían.

Nuestro sindicato no funcionaba muy bien, estaba dirigido por viejas militantes socialistas que se reunían en familia, pero la primera reunión que hubo después de las elecciones del 16 de febrero de 1936 me eligieron secretaria, y las obreras, al enterarse que al frente de la secretaría había una persona joven que resolvía los problemas, afluían en masa. Otro problema era la falta de unidad dentro del mismo gremio. Los sindicatos se dividían en especialidades dentro del mismo, por ejemplo, el del vestir se dividía en tres: sastres, tintoreros y modistas. Así nos pilló la guerra y como principal tarea, la unidad. Enseguida se creó el sindicato único, que con el metalúrgico, fue el más importante de la UGT.

Al empezar la guerra la industria quedó totalmente deshecha. Las pocas empresas que quedaron, no solo funcionaban mal, sino que debían tanto dinero que para ponerlas en marcha hubo que ayudarlas, por el sindicato, a pagar las deudas, pero todo se solucionó, poniéndose en marcha unas y creando talleres nuevos al servicio de la guerra, pensando, a la vez, que fuesen útiles para la paz.

Desgraciadamente no fue eso lo que conseguimos ni quiero señalar quiénes fueron los responsables de lo que hemos sufrido después para que sirva de acusación a los que, aprovechándose de los deseos de libertad de los pueblos, los utilizan para su medro personal, llegando a la traición si les fallan sus propósitos.

Al finalizar la guerra mi problema fue el de todos los españoles que luchamos al lado de la República. Andar a salto de mata en aquellos primeros días hasta caer en Gobernación. Lo que allí se pasaba es inenarrable; las mayores torturas, las mayores humillaciones que un ser humano puede aguantar.

Estuve en Gobernación un mes. Me pegaron, para qué te voy a decir... pero siempre recuerdo a los demás y pienso que aquellas gentes estaban peor que yo. Te voy a decir cómo estaría, que hasta en las Salesas, cuando me llevaron, fueron los guardias a ver cómo había llegado. O sea, consideraban que era una de las peores en aquella época y a mí me parecía que las otras estaban peor que yo. Fui a la primera que pusieron las corrientes —porque después han puesto corrientes a muchas—. A mí me las pusieron con todo el voltaje, o sea, un enchufe cualquiera, me ataron a los cables y ya está. El médico cuando me iba a curar les dijo un día que llegó uno de los que me las habían puesto: "Esto es criminal". Yo juraría que el que me las puso fue Carlos Arias Navarro. Recuerdo que llegó un señor cuando me estaban interrogando y dijo: "Mira, yo he venido a ver cómo hacéis hablar delante de este retrato" —naturalmente el de Franco—, y dijo uno de ellos: "Pero esta zorra no habla". "Verás cómo habla". Cogió un cable, lo enchufó y me lo ató. "Mira, aquí están las cicatrices, aquí y aquí". Cuatro cables me ató a las muñecas, que también tengo señal, ¿ves? La que más se nota es esta, que fue la que peor estuvo. Este dedo fue también el peor, porque en los dedos me enroscaron los cables como si fueran anillos, y dijo el so cabrón que eso lo había aprendido de nosotros, y yo me enloquecía, me rebelaba, les decía que eran unos embusteros, que esas cosas no las hacíamos nosotros. Se ponían furiosos porque les contestaba. Me enchufaban y me volvían a enchufar con las manos empapadas de gasolina para que la corriente diese más fuerte. Entonces, en vista de que me tenían que soltar porque con ese procedimiento no consiguieron nada, me cogió uno de los pies, no colgada, sino teniéndome ellos por los pies, que por eso tengo estas vértebras, según dice el médico hechas polvo, y entonces le dijo al Arias que mirase cómo estaba y dijo: "No quiero mirarla, me da asco mirar la carne de las rojas". Por suerte para mí, porque si al señor no le llega a dar asco la carne de las rojas, fíjate lo que hubiesen hecho. Con todo, hubo un guardia que un día me llamó para hacer lo que le diera la gana, me sacó y no hizo nada porque no pudo.

—¿Te desnudó?

No, porque yo di tantos gritos, armé tanto escándalo —era mi única defensa porque mis manos las tenía destrozadas— que claro, él se asustó. Además yo le dije a las compañeras: "Hoy me ha dicho este fulano (me parece que se llamaba Domingo Giménez) que esta noche me va a sacar, va a charlar un rato conmigo; en el momento que pasen cinco minutos salid a buscarme". Él, como era guardia de la armada no me podía subir a las oficinas, lo que quisiese hacer tenía que ser allí en el sótano, que entonces eran los archivos de Gobernación y aún no estaban las celdas y se podía salir de una nave a otra. Claro, procuré escaparme y no pasó nada, me fui corriendo y ya estaban todas preparadas para salir. Ya ves, mujeres que no nos conocíamos, solo era conocida la señora que me tenía escondida y que detuvieron conmigo, pero las demás eran gente que yo no las conocía, pero vi la solidaridad de unos y otros. Ya nos sentíamos compañeras.

De Gobernación me trajeron a la comisaría de Fomento. Desde entonces, hasta ahora para venir a verte, no había pasado por allí y aún he sentido escalofríos, porque ahí nadie puede imaginar lo que pasaba. Eso era un infierno. Estábamos en habitaciones muy pequeñas con ventanas a un patio interior. A todo el que pegaban, a todo el que interrogaban, oías los gritos, oías lo que les hacían. No era lo que te hacían a ti, es que oías lo que les hacían a los demás y era enloquecedor. Para más humillación

nos hacían cantar el *Cara al sol* todos los días; hacer el saludo fascista, yo la única ventaja que tenía es que tenía la mano en cabestrillo y decía que no podía saludar, no podía levantar el brazo y me lo iban tolerando, hasta que un día me dijeron que ni hablar, que aquello era cuento y que tenía que levantar la mano y le dije al guardia que me obligó: "Bajo su responsabilidad la levanto porque las consecuencias las va a pagar usted", y, efectivamente, no hice nada más que estirar la mano y, como un surtidor, empezó a salir sangre de los dedos, porque, claro, las venas estaban quemadas y mientras no hacías movimiento las venas aguantaban pero cuando estiraba las manos o los dedos era horrible. Bueno, se armó un follón tremendo, porque entre ellos, ya sabes, no es que fueran buenos, pero había algunos que estas cosas también les impresionaba. Entonces fueron a la farmacia, trajeron un potingue, me lo dieron para que se me cortase la sangre.

De Fomento recuerdo a una mujer que entra y dice: "Buenos días. Arriba España. Aquí estoy yo con la mano en alto", y dijimos nosotras: "¡Vaya elemento que nos han metido aquí!", y enseguida todas a enseñarle cómo estábamos. Digo: "A mí déjeme de *arriba España*, le voy a enseñar cómo estoy", la mujer dice: "Ese no es mi caso. Yo he venido a presentarme porque yo he ayudado mucho a gente franquista; además, ahora va a venir mi nieto (era una mujer entre los 60 ó 65 años) con los avales de las personas que yo he protegido". La llaman a declarar y bajó en tales condiciones que tuvimos que juntar dinero las que teníamos alguna perra, para que saliesen a comprar algo para reanimarla. Bajaba muerta de los palos que le habían dado. No le sirvió eso de *arriba España*. En los primeros momentos no se libraba nadie de recibir palos, ni siquiera esta, que iba a pedir protección. Es posible que después le pidieran perdón pero la paliza no se la podían quitar.

Mataban a la gente a palos. A un primo mío le pegaron tanto... le pisotearon la cara, le quemaron los labios y el cuello con un cigarro y se escapó de Gobernación. Fíjate, en esas condiciones se escapó. Luego lo volvieron a coger y lo fusilaron. Con una toalla al hombro salió andando de Gobernación como la cosa más natural. Le había dejado la policía en el despacho hecho polvo. Cuando se vio solo salió sin vacilar a la calle, nerviosísimo entró en un bar a beber algo y le dice el camarero: "¡Cómo va!, ¿es que es usted boxeador?", y dice: "Sí". "Pues, anda, vaya paliza que le han dado!" Iba como un monstruo. Allí las gentes estaban monstruosas.

Recuerdo que también a una chiquita jovencita, muy delgadita, que le pegaron tanto que se puso hinchadísima de los golpes. A la única que en esos primeros momentos pusieron la corriente fue a mí, pero las demás, deformadas completamente de los golpes que les dieron.

Después de un mes en aquel infierno pasé a Ventas. Yo hacía el número 14 000. Se carecía de agua y de sitio. Recuerdo que otra mujer y yo tuvimos que dormir con las piernas encima de la escalera que daba a los retretes que se ponían a ras de caca. Era horrible aquello. Teníamos que limpiarlos cuando nos tocaba y era superior a mí el limpiarlos y por lástima otras lo hacían por mí, porque es que era solo entrar y ponerme a dar arcadas, y yo decía: "¿Pero por qué me dará tanto asco?". No lo podía remediar, por más que hiciera.

No había agua. Para lavarte tenías que pasarte la noche en vela para cuando sintieras caer un chorrito, y éramos muchas a coger lo que pudiéramos. Como había

Testimonio de mujeres en las cárceles franquistas.- Disponible en: www.villadeorgaz.es

tanta sarna, tantos piojos y tantas chinches en Ventas, le dije a mi madre que me pasara zotal y Barachol, y todas las noches, las que vivían conmigo nos dábamos un baño de agua de zotal y el Barachol. Así yo no cogí ni un piojo, ni una chinche, con aquel olor huían de nosotras. Yo decía: "¿Cómo aguantaremos esto tan fuerte?". Todas las noches nos dábamos ese baño y luego teníamos que estar en vela para quitarnos toda esa mugre y ese olor.

Veías mujeres a las que se les caían trozos de carne, que creíamos que era lepra. Hubo unas cuantas con avitaminosis y se les llenaba el cuerpo de costras, sobre todo a las chicas jóvenes. Las que éramos más mayores parece que teníamos más resistencia, pero las jovencitas lo pasaron tremendamente mal. Estabas sentada y veías los piojos andar por allí... desde luego porque también tenemos muchos humos, si no... a veces, decía, soy una inconsciente.

A mí me gustaba mucho cantar y a veces he estado cantando y de repente me he parado y he dicho: "¡Ay, madre mía!, ¿cómo tendré valor de cantar con todo lo que estamos pasando?", pero gracias a eso vivíamos.

Para mí lo más terrible fue el problema de los niños. Había una galería dedicada a las madres. Como no podían limpiarles, el olor de aquella galería era inaguantable, pero lo verdaderamente trágico era tener que llevar a los niños a la enfermería, porque era seguro que volvía muerto. Esto sucedió hasta que algunas compañeras decidieron colocarse en aquel servicio.

Había una fulana que estaba detenida no sé por qué, porque se debieron confundir. Ella se dedicaba en los hospitales a poner inyecciones de agua a los milicianos. Esta individua hacía lo mismo con los niños. El que se ponía enfermito —enfermitos lo estaban todos— lo enviaban a enfermería y al ratito de haberle puesto esa mujer una inyección el niño se moría. Esa sinvergüenza estuvo en nuestra zona haciendo el mal que pudo. ¿Por qué estaba detenida?

Las compañeras enfermeras que había en la cárcel se preguntaban qué pasaba. Estaban una tal Rosita Cremón, Juanita Corzo, que aunque no era enfermera pertenecía al Sindicato de Sanidad, y entonces empezaron a pensar: "Esa tía les hace algo". Decidieron participar en el trabajo, ya sabes que en aquellos primeros años la consigna era que no teníamos que trabajar y en aquella época todo el mundo nos negamos, menos unas compañeras que aceptaron una colocación y ayudaron a organizar la prisión, pero nosotras nadie queríamos ayudar. Al ver la situación de los niños, se decidió que las que eran enfermeras procurasen trabajar en enfermería y así se podría evitar que muriesen los niños, o por lo menos, que no fuesen tantos, y que otros pudieran curarse. Luego ya fue cuando sacaron a las madres de la cárcel de Ventas.

En Ventas estuve unos meses. Había una mujer que a mí me quería muchísimo; creo que me seguirá queriendo a pesar de que hace muchos años que no la veo. Hizo desaparecer mi expediente. Se llamaba Pepita y estaba en la oficina porque el marido era policía. Esta Pepita me salvó de mi primera caída. Ella salió pronto sin juicio. También era enfermera.

Me detienen la segunda vez. También estuve los cuarenta días en Gobernación y entonces no me pegaron.

Te contaré algo que tiene mucha gracia. En casa se habían criado con nosotras las niñas de una señora que mi madre asistía cuando nosotros éramos niños. De mayores cada cual hacía su vida; una se había casado con un policía, pero las dos eran

enfermeras e iban a las embajadas a curar a los que se habían refugiado allí (la otra se casó con uno de esos refugiados) y un día fue a casa y dijo: "Si os pasa algo y me necesitáis, ya sabéis, no tenéis más que acudir a mí, porque él es así, pero hace lo que yo quiero".

—¿Cómo te detuvieron la segunda vez?

Yo sabía que andaban buscándome porque habían detenido al camarada con el que yo tenía relación y habían venido a mi casa a decirme que me andaban buscando por Vallecas. Yo pensé: "Pues como no puedo ir a ningún sitio, aquí aguanto, porque ¿dónde voy yo?". No tenía dinero, no tenía punto de apoyo... Yo no soy aventurera, si lo llego a ser me lanzo mundo adelante, pero pensé que me iban a coger igual y que aún sería peor y me quedé en mi casa. Tardaron aún seis días en encontrarme y me encontraron por uno que era sastre. Un día iba por Lavapiés, me vio, nos saludamos y no sé por qué me dio mala espina. Este individuo tenía un hermano, también sastre, que estaba muy enfermo y le prometí ir a verle, fue él que vino a decirme: "Mi hermano está muy mal, se va a morir y quiere hablar contigo antes de morirse porque quiere que sepas una cosa"; pero me lo dijo por la noche y el hombre se murió al amanecer y claro, yo no pude ir. El que murió era un chico estupendo. Fui a darle el pésame y me dice: "¿Te has enterado de que han detenido a Vázquez?". "No, no me he enterado". "Sí, estaba organizando el Partido" (a mí ya me habían avisado de su detención porque Vázquez era mi contacto) y le dije: "¡Huy, qué locura, en estos momentos estar organizando el Partido! No puede ser verdad, no lo creo".

Ya no hablamos más y cuando acabé de darle el pésame me marché a mi casa. A los pocos meses me detienen y me dicen que él había dicho que yo había ido a su casa a hablarle de organizar el Partido. O sea, que está clarísimo que fue él quien me entregó, aunque esas cosas tampoco las podemos asegurar, con la clandestinidad era imposible aclararlas; entonces, yo dije: "Bueno, si tiene cara de decir eso delante de mí súbanmelo, porque yo he ido a su casa para darle el pésame por un hermano que había muerto y si es que los comunistas no podemos ni dar el pésame a nuestras amistades, dígame usted qué es lo que podemos hacer", se lo dije al policía un poco rabiosa porque era la verdad, pero no me carearon con él. Tenía mucho miedo a los palos, pero como esperaba protección me puse gallito para impresionarles un poco.

Me detienen por la noche, le digo a una prima mía que dormía conmigo: "Mañana vas a ver a esta chica que se ha ofrecido si pasa algo, no para que me saquen sino para que no me peguen. Ellos son capaces y hábiles en los interrogatorios a base de tortura pero de poca inteligencia y vamos a ver si somos capaces de seguir adelante, pero dándote golpes ya no eres responsable de tu capacidad de aguante". Mi prima el día siguiente fue con mi hermana a ver a esta muchacha y a su marido. Esto era a finales del 41; yo, muy chula, cuando por la noche me subieron arriba, les dije: "Mañana ya les dirán quién soy yo. Están preguntándome unas cosas que yo no entiendo ni huelo" (no sé qué pensarían que era, pero no me pegaron). Cuando al día siguiente fue el marido de mi amiga, le dijeron: "¡Vaya, hombre!, ya está aquí el chulo de esa puta". Y esto me salvó de los golpes porque al decirle que era mi chulo y que yo era una puta, él se endemonió y dijo: "Ni ella es una puta ni yo soy un chulo. Y ahora pido que a esa mujer le hagáis todo lo que tengáis que hacer, pero dentro de la legalidad. Hay muchos procedimientos que son legales y que no son dar palos a la gente, así que yo no pido que la soltéis; ni pido que no la interroguéis, lo único que

pido es que no le peguéis, porque como le pongáis la mano encima nos vamos a ver las caras". Y esa chulería del uno y de los otros fue lo que me salvó de los golpes.

Me tuvieron cuarenta y dos días en Gobernación, sin lavarme, sin peinarme, sin comer apenas. No me apetecía el rancho, muchos piojos, y todo lo que tenías que ver por allí. A mí no me pegaron pero ¡qué sufrimiento al ver a los demás compañeros torturados!

Volvía a la cárcel pero salí enseguida en libertad provisional. Tuve la suerte de salir pero no tardé en volver y tuve la desgracia de volver embarazada porque, hija una se juega tanto que dices: "¿Qué he hecho yo en esta vida? Trabajar y darme palos ¿y qué vas a hacer si al final te van a matar? Pues no vas a estar sin comerte una rosca...", y me la comí y tuve una niña. Lo pagó la pobrecita y lo pagué yo, porque la niña se murió, pero yo seguí sufriendo las consecuencias; los meses de embarazo aún... porque estuve casi siempre en libertad, aunque me tenía que presentar en el Juzgado de Masonería y Comunismo.

Al juicio ya iba embarazada. Nos juzgaron y recuerdo que al día siguiente hubo otro consejo y al volver nos dijeron que había rumores que nuestro tribunal no estaba conforme con las sentencias, a mí me tenían que haber puesto pena de muerte y me habían pedido solo doce años; y había el rumor que nos iban a volver a juzgar. Como estaba muy delgada y no se notaba mucho podía haber pasado muy bien y pensé: "Si me fusilan nos fusilan a los dos, pero si me hacen vivir va a ser un sufrimiento horrible"; a mí aquello me parecía monstruoso. Cuando yo veía a aquellas mujeres que entraban embarazadas, que esperaban que dieran a luz para luego fusilarlas... algunas habían fusilado con la criaturita en el vientre, pero en general esperaban que diesen a luz y después quedaban las criaturas; alguna iba al hospicio a morirse al final, porque fíjate la asistencia de esos centros. Así que yo me dije: "Aquí nadie sabe que estoy embarazada, si nos matan, pues mala suerte, como de algo hay que morirse lo mismo da de un tiro que de una pulmonía".

Pero la cosa quedó así. Yo aguanté en Ventas sin decir que estaba en estado, aunque me daban rancho en enfermería yo no lo pedí y no sabiendo que estaba en estado no me llevan a Madres. Yo trataba de dar a luz en Ventas porque allí había camaradas que eran buenas enfermeras, buenas comadronas. Yo trataba de que naciese lo que fuera allí, y me decía: "Si cuando tenga un mesecito o dos se lo llevan ya es otra cosa, porque alguno vive, como Clemente", aunque la mayoría morían, pero un día lo descubrieron y me llevaron a Madres, y fíjate tú, dicen de escaparse, ese día tuve yo la oportunidad mejor de mi vida. Me llevó la Veneno, fuimos a coger el tranvía y el metro, lo que pasa es que pensando con lógica te dices: "¿Dónde vas?". No tienes dinero, ni dónde ir, lo que me rodeaba estaba tan quemado; a mi padre le han dado unas palizas tremendas, sin salir de mi casa, solo para que dijese dónde estaba yo... La tía aquella me llevó en el metro desde Ventas a Sol, y en Sol cogimos en la plaza Mayor un tranvía que iba al Puente Segovia. Yo me subí y ella, como hecho aposta, se vio separada de mí por una avalancha de gente que se interpuso entre nosotras. Yo me senté... podía haberme bajado por la otra plataforma, así de sencillo, y marcharme, y cuando ella subió... daba voces de "¡que llevo una presa!, ¡que llevo una presa!", parecía loca, hasta que llegó donde me encontraba y dice: "¡Hija, qué peso me has quitado de encima, creía que te ibas a escapar!", y le respondí: "Si de usted

no se puede escapar ni la lepra, ¿dónde quiere usted que me escape?".

La entrada en Madres no la olvidaré. Era una prisión situada a orillas del Manzanares que tenía por directora a una tal María Topete, célebre por su maldad. Por la mañana habían fusilado en Ventas a una mujer del pueblo de Vallecas, ¡para qué decir mi estado de ánimo!, pero fue mucho peor cuando la ordenanza que me recibió en la cárcel de madres era su hija. Lo supe al preguntarme ellas las novedades de la otra prisión. Yo se las dije y la pobre se desmayó. Desde ese momento sufrí tanto que creí volverme loca.

Esta ordenanza tenía un niño, y como todas las demás, pasaba el día en el patio hiciese frío o calor y mientras los otros niños corrían de un lado para otro él se pasaba el día pegado a la puerta cerrada llorando y gritando: "¡Mamá, un beso! ¡Mamá, un beso!" y así todo el día, era enloquecedor; los niños estaban en las mismas condiciones que sus madres, se les obligaba a comer la misma bazofia.

Recuerdo a Ana Mari, una niña inapetente de la que se encargaba una funcionaria de obligarla a comer. Y Enriquito, y Clemente, que estuvo a punto de morir de una pulmonía y siempre en el patio, con niebla, con viento o con calor, era igual. Y en este ambiente tuve a mi hija. Solo otra mujer que haya tenido un hijo en estas condiciones comprenderá lo que sufrimos allí, la impotencia que se siente y al mismo tiempo la responsabilidad. La niña, como otras, se murió a los seis meses. Yo sentí tal desesperación que no me quitaban un castigo cuando ya tenía otro.

Antes de dar a luz, había un niño, Alfredito, que cuando le ponían en el moisés daba unos saltos tremendos y gritaba como un loco. A las que estábamos para dar a luz nos dejaban un poquito más en el patio, yo aprovechaba para cogerle en brazos. Un día su madre me dice: "Di que te duele la cabeza y quédate en el patio porque yo estoy mala y voy a tener que decir que me abran la habitación para acostarme". Y así lo hice y me dejaron en el patio. Yo todo el rato con el niño en brazos y el niño tan feliz y la madre desde una ventana viéndonos, hasta que aparece una tía que se llamaba Mari Carmen, me ve y dice: "El niño al moisés", y digo que no le dejo; oye, ¡se armó un jaleo! La Topete, desde una terraza, diciendo: "Haga usted el favor de meter ese niño en el moisés", y yo, con el niño abrazada diciendo: "No le meto en el moisés aunque me castiguen ustedes porque este niño llora mucho y se va a poner enfermo", pero el niño me lo arrancaron de los brazos y me lo tiraron en el moisés y a mí me metieron dentro. La madre llorando, mirando por la ventana viendo al niño, te consumías de rabia, de impotencia, porque yo en aquel momento me sentía con valor para haber cogido los moisés y habérselos estampado en la cabeza a las tías aquellas.

La niña nació bien, pesaba cuatro kilos. La camarada Trinidad Gallego, no sé si vivirá, se portó conmigo como una gran compañera, nunca más la he visto y hay que ver lo que me gustaría verla, me sostuvo ocho días en enfermería y en ese tiempo la niña engordó casi un kilo. Di a luz en una habitación en que había muerto una niña de tos ferina y, como es natural, mi niña cogió la tos ferina, porque sin desinfectar la cama, que acababan de quitar el cadáver, me metieron a mí con mi hija. Y se contagió.

Aquella prisión junto al Manzanares daba la sensación de que era un chalet. Y lo gordo de eso es que las familias no te querían sacar de allí aunque lo pidieses por favor, porque consideraban que era una cárcel estupenda; claro, el locutorio era

pequeño, se comunicaba bien; luego, todos los días, la Topete ponía en el portal una lista de los alimentos que nos daban, por ejemplo: un vasito de leche a media mañana, una comida especial sobre todo a las recién paridas. La familia leía aquello y algunos pobres, como no andaban muy bien, pues el paquete lo rapaban un poco, pensaban: "En la cárcel están mejor que nosotros", y todo aquello era mentira. No le daban leche ni Cristo que lo fundó.

Allí lo de las inyecciones de agua no sucedía como en Ventas, porque aquello ya era muy gordo. Con una niño que le llamaron Clemente, que vive aún, con cinco kilos de peso porque su madre era cocinera y el padre también, que como es natural hambre no pasaban, el niño se convirtió en el mono de exhibición y cuando llegaba alguien sacaban a Clementito, pero cogió una pulmonía y estuvo a punto de morir.

No le hacían caso y el niño estaba con una pulmonía en medio del patio y con la niebla del río tú dirás. A la madre ni siquiera la dejaban estar con él todo el tiempo aunque tuviese fiebre. Hasta la crisis el niño, la madre empezó a dar gritos. Yo que estaba recién dada a luz me dio tal sobresalto que se me apostemó un pecho, con unas fiebres tremendas sin poder cuidar a mi hija. Mi niña, abandonadita, tose que tose, y me acuerdo que hicieron una limpieza porque había chinches que se sacaban a cogedores, y a mi niña no me la sacaron al patio y a mí me dejaron dentro de la sala porque me era imposible llevarme. Ya te puedes imaginar lo que supone para una madre estar oyendo toser y llorar a su hijo sin poder hacer nada por él. Ya por fin me sajaron el pecho. Me tuvieron que hacer tres cortes por tres sitios y me mandaron al patio.

—¿Te pusieron anestesia?

¿Anestesia? Lo que le dije yo a la enfermera: "Mira, no me digáis que me siente, tú me pones la mano en la espalda y que dé los cortes, porque si yo veo que viene con el bisturí voy a retroceder y entonces no me lo va a sajar, así que tú me sujetas bien con las manos en la espalda".

—¿Y con fomentos no se pudo disolver?

¿Fomentos? ¿Quién tenía dar los fomentos? Allí no había agua caliente para nadie ni para nada. Me sujetaron las manos en la espalda y el médico dio los cortes. Cuando yo pienso niña que he sido, que no era capaz de jugar con niños porque me hacían daño, y aguanté aquello. Ahora me parece mentira que tuviese ese aguante, esa moral. Yo creo que esa fuerza te la da el enemigo, que se cree más fuerte que tú. Aquel médico se quedó asombrado de ver que yo aguanté aquello sin decir ¡ay! Bueno, me mandaron para allá porque allí no había camas. La niña estaba medio muerta en el patio y yo también. La cocinera, que era una funcionaria, una tía bestia, en aquella ocasión se portó bien. Cuando me vio bajar tan descompuesta de la enfermería, me dijo: "¿Qué pasa con usted?". "Que me han rajado el pecho". "¿Y la mandan al patio?". "Pues sí". "Pues en mi responsabilidad se mete usted en la cama". Y me abrió la sala, porque cerraba la sala con llave y no podías entrar, y me metí en la cama y fíjate cómo sería que empapé el colchón de lo que supuró el pecho.

Hubo una mujer prestigiado, que era de Jaén, que la pobre no recibía nada, y tenía un niño de pecho. Aquel niño solo sacaba sangre de la madre. Se pasaban las noches llorando, imagínate, el niño llorando de hambre porque no sacaba nada, la

madre, como no comía nada más que el poquito de rancho que era un cemento incomestible que mucha gente no podía con él, aunque la pobrecita se comiese el rancho aquello no era alimento y tenía todo el santo día y toda la santa noche el niño enganchado al pecho y solo sacaba sangre porque no podía hacer ni leche. Daba pena ver al niño y a la madre. Por fin salió en libertad, era de estraperlo pero estuvo un año.

Casos así había para contar y ponerte los pelos de punta, mira, otra cosa que pasaba allí es que las mujeres se ponían de mal humor. Como castigaban a las madres tanto, tenían los nervios deshechos y los pobrecitos niños a lo mejor estaban jugando, le interrumpían a la madre por cualquier cosita y les pegaban, claro, porque estaban tan excitadas que no eran capaces de controlarse y sentían tanta rabia que el pobre niño era el que pagaba las consecuencias.

Recuerdo a Enriquito: le tiró a la madre un poquito de azúcar que tenía y le cruzó la cara con una zapatilla y se la dejó marcada. Yo me enloquecía. Las madres, los niños, todo me enloquecía en aquella prisión.

Mi hija, sin asistencia médica, cada día estaba peor, se pasaba las noches tosiendo. Había una funcionaria que se llamaba Consuelo que era bastante buena, tenía un hermano médico y un pariente preso —también por eso era buena— y me dijo que iba a venir su hermano porque había una niña, ahijada de la Topete, que estaba malita, me dio el día y la hora y me recomendó: "Usted, cuando sienta que está el médico, suba, porque yo ya le he advertido, que procure ver a su niña, porque si no esta pobrecita...". Yo estuve al acecho y subí. No consintieron que la viese. Cerraron la puerta de la enfermería y yo dando golpes a la puerta y diciendo que quería pasar con la niña; que quería que la viese el médico. Me dijeron que la niña no tenía nada y para eso estaba el medico de la prisión.

A los cuatro o cinco días empeoró la niña; llamé a la funcionaria y le dije: "Yo ya no puedo más. Ustedes ven que esta niña se está muriendo"; a todo esto, la prisión estaba ya medio sublevada. Bajó la loca aquella de la enfermera, le puso el termómetro y dijo: "Esta niña no puede estar aquí", y nos subieron a la enfermería a las dos. Al día siguiente ya se había muerto. Al subir a la niña a la enfermería llamaron a cuatro médicos. Cuando vinieron ya estaba muerta. No se me olvida porque dijeron que yo tenía mucha soberbia porque dije que no quería que la viesen muerta. "No me da la gana que la vea nadie. Ustedes sabían que la niña se estaba muriendo y no consintieron que la viera el hermano de la señorita Consuelo. No consintieron ni que subiese el médico ordinario. Ustedes pretendían que se muriese, pues ya se ha muerto. ¿Para qué me traen ustedes médicos? Ganas de cubrir el expediente". Porque al dar la noticia de que la niña se había muerto, toda la prisión se negó a salir al patio, se negaron a soltar a los hijos de los brazos y hubo un jaleo tremendo y entonces ellas se conoce que dijeron: "Bueno, pues para calmarlas vamos a traer médicos para que vean que hemos tomado interés". Pero era tarde, ya no tenía solución, ya estaba muerta. A mí, entonces, me tuvieron que poner inyecciones para cortarme la leche. Era un médico tocólogo que al ver el cuadro se ve que le impresionó y se tomó interés por mí y dijo: "Esta mujer tiene que estar en enfermería", y me tuvieron ocho días.

La Topete y Mari Carmen, que eran teresianas, cuando estaba la niña de cuerpo

Testimonio de mujeres en las cárceles franquistas.- Disponible en: www.villadeorgaz.es

presente, subieron a quererme besar y yo les dije: "No se acerquen a mí. Ustedes saben que yo soy pacífica, pero no consiento que se me acerquen porque no respondo". Y le dije a la Topete: "No sé si usted va a verlo o va a tener la suerte de morirse, pero si algun día las madres que han visto sacar a sus hijos llenos de vida y fusilarlos, no me extrañaría que les hiciesen trozos a ustedes, porque yo, en este momento, me siento capaz de despedazarlas. Es una niña de seis meses que ustedes me han matado".

Cuando estuve más calmada les dije que quería irme a Ventas, pero no me llevaron. Me pusieron a fregar una escalera que había de mármol y como andaba medio loca, a un gato que había le decía que era fascista y el gato me cogió tanto miedo —fíjate si estaba yo enloquecida— que en cuanto me veía se metía debajo del fogón aunque estuviese echando chispas, porque yo estaba más loca que el gato; además, cada vez que se ensuciaba me llamaban para que subiese a limpiarlo. Una noche estaba ya acostada y me llaman —ya era mala leche— a decirme que el gato se había hecho caca en la puerta del despacho de la directora y que fuera a limpiarla. Digo: "A ese gato lo mato". Ya ves si es difícil coger a un gato cuando se pone furioso, pues cómo estaría yo, que le fregoteé el morro por la caca. El gato salió disparado y se tiró a la Topete, y yo dije: "¿Y por qué no le sacará los ojos?", y diciéndole "fascista, si eres un fascista", medio loca. Ahora me da risa cuando me acuerdo, pero te juro que estaba desesperada. Fíjate cómo estaría que la Topete no se atrevió a decirme ni una palabra. Yo estaba enloquecida y me decía: "Tranquilícese, tranquilícese. Ya verá usted cómo no lo vuelve a hacer". Que no iba a volver a hacer caca en la escalera podía estar segura.

¡Madre mía!, y luego nos martirizaban con la iglesia que era la gaita. Yo les decía: (muy repipi con la cosa de las iglesias): "Están ustedes en pecado mortal constantemente. Saben que voy a la iglesia a la fuerza, porque me llevan, la religión es libre, no se puede obligar a nadie. Son ustedes las que caen en pecado". Todos los días iban las catequistas; estabas lavando, tenías que dejar de lavar; estabas cosiendo, lo tenías que dejar. Yo, para no hacerles caso, me inventé una labor manual y siempre andaba con la labor en la mano. Yo me distraía con aquello y había momentos que me aislaba de tal manera que no me enteraba ni de lo que habían dicho, pero se dieron cuenta y me quitaron la labor y tenía que estar allí, a pie firme, escuchando lo que decían. De vez en cuando les salía con una *petenera* y las dejaba patitiesas y seguía mi silencio.

Llegó Semana Santa, dicen que tenemos que confesar. Le digo a la señorita que nos lo anunció: "Bueno, confesará la que quiera porque usted comprenderá que a mí no me pueden obligar a confesar y aunque me quede sola no lo voy a hacer, ustedes verán", y dijo: "No, se les va a preguntar, pero tienen que ir una detrás de otra a más de dos metros de distancia y tienen que contestar bajito". Dimos la consigna de que la que estuviese de acuerdo en no confesar a la primera que nos pregunten tenemos que dar una voz que se oiga hasta el final de la cola, y así se hizo. El resultado fue que nos dividimos; la mitad de la prisi6n confesó y la otra mitad no.

La Topete vino un día y dijo: "En adelante ya no es obligatorio ir al rosario, que vaya la que quiera". A los tres días ya no iba nadie. Bajó el cura y dijo que en la casa donde se reza el rosario todo el mundo lo escucha por educación, le guste o no le guste y que a él no le temblaría la mano para fusilar a la que faltase al rosario. Así de

Testimonio de mujeres en las cárceles franquistas.- Disponible en: www.villadeorgaz.es

clarito, y otra vez todo el mundo al rosario, menuda amenaza nos daba el tío.

La Topete me decía: "¿Por qué tiene usted tanta manía a la señorita María Urquijo?". "¡Ay, no me hable usted de la señorita María Urquijo, que es tan odiosa que ni los gusanos el día que se muera la van a querer!". "¡Oh, si es muy buena". "¿Pero cómo va a ser buena si tiene cara de leprosa?, y los gusanos, le digo a usted, que no la comen, porque primero que no tiene carne y segundo, que es tan mala que los envenena". Oye, se pasó el día llorando. Se ve que se lo dijo y entró al patio a llorar para que yo la viera. Se pensaría que iría a consolarla; ¿no me había hecho llorar a mí lágrimas amargas?, y no me consolaba ninguna. Entonces se ve que quiso vengarse y le preguntó a una asquerosa chivata que había: "¿Esta terraza quién la tiene que limpiar?", y dice la chivata: "Pues le corresponde limpiarla a Petra Cuevas porque es la mandanta de cargos y es ella la que la ha de limpiar". La otra salió a buscarme y me dice: "Haga usted el favor de venir porque tiene que limpiar la terraza", digo: "¡Huy!, ¿eso quién se lo ha contado?". Las compañeras se mataban de risa conmigo: "Conmigo no cuente usted, yo limpio nuestra sala porque vivimos en ella y me gusta que esté limpia, pero lo que es la terraza... ya pueden salir allí cucarachas, a mí qué me importa", y me dice: "Pues me lo ha dicho fulana" —Melchora, me parece que se llamaba—. "Pues dígale usted a Melchora que venga conmigo" (ahora se la juego a las dos). "Oye, ¿por qué has dicho que tengo yo que limpiar la terraza?". "Ah, porque te corresponde a ti". "Bueno, pues ahora la vamos a limpiar, venga". Entramos a la terraza, me siento en el borde y digo: "Yo voy a descansar un ratito mientras tú vas barriendo". Dice la señorita: "Haga usted el favor de limpiar la terraza porque la Melchora no lo va ha hacer sola". "Pero como yo soy la mandanta se lo mando a ella". La dejé que limpiase la terraza ella sola y le dije: "Mire usted, señorita, ni que llore usted, ni que se ría, ni que baje usted a la directora, no voy a limpiar la terraza porque a mí no me da la gana. Yo estoy aquí para descansar, y si encima me he de matar trabajando, ni hablar, y además que ni redimo, ¡no faltaba más!". Y no limpié. Luego las compañeras: "¿Has limpiado la terraza?". "Yo, qué voy a limpiar la terraza". "Has hecho bien". Hemos pasado mucho, pero procurábamos pasar buenos ratos porque aquella cárcel era de locura.

Fíjate que los niños, te lo digo como anécdota, cuando jugaban decían: "Yo soy la Topete" (la directora), y la otra: "Pues yo soy Petra Cuevas".

Al llegar a Ventas, aunque la vida era mala, éramos muchas y nos podíamos enfrentar mejor con las funcionarias y se hacía vida política, aunque no faltaban los castigos. ¡Me han pasado de cosas en Ventas! No querían que cogiéramos agua del patio y estábamos otra y yo cogiendo, y nos encerraron en él; empezamos a dar golpes para que nos abrieran, ¡poom, poom!, en la puerta, y nos abre la Drácula y dice: "¿Qué hacen ustedes aquí?". "Pues que hemos bajado a por un cubo de agua y se conoce que no se han dado cuenta...". Dice: "Sí, sí, me he dado cuenta, pero es que ahora mismo tienen ustedes que tirar el agua"; digo yo: "Señorita Nieves, eso no se lo está usted creyendo, porque la verdad es que no la pienso tirar. Después de cogerla, encerrarnos y todo este jaleo, ¿voy a tirar el agua?, ni hablar". Sin decir más cogí la escalera y, pim, pim, pim, arriba, y la otra al verme, me siguió; llegamos a la puerta de la galería y nos dice: "Ustedes no han tirado el agua, pero les voy a poner un castigo que se van a acordar toda la vida". La otra empezaba a decir: "Pero, señorita

Nieves...". "No le digas nada, ¡déjala! La señorita Nieves ya sabes que siente placer en castigarnos, pues a mí me encanta darle ese placer, así que déjala que nos castigue". Le entraba un cabreo, ¡un cabreo!, pero nos abrió la galería: "Ande, ande, métase usted dentro...". No nos tiró el agua y no nos castigó. "Pues mira, la catacaldos".

Me dicen otro día en Ventas: "¿Cuándo la han traído a usted aquí?". "Ya hace mucho tiempo que estoy, y ustedes, ¿qué vienen a hacer aquí?". "Pues venimos a ver si se quieren poner a bien con Dios". "Huuuy, yo con Dios estoy muy bien siempre; somos muy amigos, así que en mi celda no se molesten en entrar porque ya saben ustedes que yo estoy siempre a bien con Dios". Cerraron y se fueron. Claro, como yo lo decía muy seria pero con cara de burla se ponían de mal humor y entonces era cuando me castigaban más, porque yo el reglamento lo cumplía a rajatabla.

Una funcionaria nueva mandó hacer una lista de todas a las mandantas. Como la pobre no sabía escribir, se la mandó hacer a una camarada que se llamaba Carmen Caamaño; se la hizo con tanta pulcritud que la funcionaria cuando la vio quiso que le hiciese otra lista para ella. Carmen le dijo que ella le había hecho el favor a la mandanta porque era una compañera que no sabía escribir, pero que a ella no, que era su trabajo y que para eso le pagaban. Esto sirvió para que fuese detrás de Carmen como un perro para ver si la cogía en algo y castigarla, y un día se presentó a cachear a la celda, que también era la mía, y de Concha Madera. Estábamos las tres, ellas dos leyendo unos recortes de periódico, que nos estaba prohibido, yo tenía unas cosas en el bolsillo que me acababan de dar y estaba cosiendo; pensé: "Ya le ha cogido esta tía". Yo estaba preocupada por ellas por si las cogían con los recortes y no me acordaba de lo que yo llevaba en el bolsillo, que no eran recortes sino cosas escritas por nosotras; y yo muy cumplida le decía a la funcionaria: "¿Quiere usted que le ayude?", con el fin de ver si la despistaba. Me dijo: "No, y primero la voy a cachear a usted". Me levanta las manos, mete la mano en el bolsillo y veo que saca todo aquello; me abalancé sobre ella (y piensa que era el doble que yo pero el instinto de conservación se conoce que me hizo tener fuerza) y se lo quité de las manos. Empezamos a forcejear; yo a dar gritos y diciéndole que no me lo iba a quitar. En la galería se dieron cuenta de que algo me pasaba y salieron todas de las celdas y se agolparon en nuestra puerta. Como pudimos echamos los periódicos fuera y ella tiró de mí para sacarme pero al ver toda la galería llena de mujeres se asustó y me soltó; yo corrí al retrete y los papeles desaparecieron y quedé tranquila, que hiciese conmigo lo que quisiese. Me figuraba que nos iba a castigar pero en aquel momento no nos hizo nada. Se fue muy furiosa, pero al día siguiente por la mañana nos metieron en la celda de castigo. A los dos días nos sacaron; a Carmen para Cáceres, a Concha Madera se la llevaron a La Rioja, a Logroño, y a mí me llevaron a Calatayud. Fuimos hasta Guadalajara y allí ya nos separamos cada una por su lado.

Esta cárcel era de hombres y allí había un vigilante que me dijo que había estado en Madrid, que trabajaba en los Simeones, que toda la guerra había estado allí y que los rojos éramos tan malos; le dije: "Pues ya ve usted, no éramos tan malos cuando usted me lo está contando y está aquí de funcionario y yo, en cambio, le estoy escuchando como presa, ¿hay una diferencia, no?".

No tuvo más importancia nuestra conversación pero lo más asombroso es que los

guardias me decían: "Pero, ¿usted tiene familia aquí?, ¿a usted la ha reclamado alguien?". "No, voy castigada". Es que aquello no era una cárcel, era un convento abandonado, vete a saber desde cuándo, hecho entre rocas, que una de las paredes era la propia roca. Unas columnas en la parte de delante, con tanta humedad que las paredes estaban verdes y caía agua por ellas, y lo peor de todo era la gente con la que tenías que convivir: gitanas, ladronas y criminales. Políticas había una señora y su hija (el hijo se había ido al monte).

El caso es que los guardias me dijeron: "¿Quiere usted que miremos el expediente a ver si lleva usted nota de castigo?", digo: "Hagan lo que quieran". Miró el expediente uno de ellos y dijo: "Pero si está en blanco, ¿por qué la han juzgado a usted?". "Pues porque les ha dado la gana; porque son los vencedores y porque han querido". "No tiene nada de particular el expediente, si llega a tener algo, la matan a usted". "Con buenas ganas se quedaron".

El caso es que en el expediente no llevaba nota, pero se ve que la habían mandado directamente. Había un funcionario que cada vez que entraba de servicio, a mí me daba fiebre. Era el jefe de servicios y nada más llegar me dijo: "Ah, ¿tú eres la que has pegado a la funcionaria?". "¿Yo?, yo no he pegado a nadie". "Sí, ya me han dicho que has pegado a una funcionaria en Ventas". Total, allí estuve nueve meses y fueron nueve meses de tormento con aquel hombre, era una cosa odiosa. El día que entraba de servicio, solo pensaba ver por dónde podía meterse conmigo. El director había estado en la parte republicana y también estaba allí sancionado. Él decía que si había algún beneficio tenía que ser para nosotros y trataba de no hacernos la vida muy difícil.

A los nueve meses me sacaron de allí y me llevaron a Zaragoza. El director, cuando subí para hacerme la ficha —en ella se tenía que poner si era católica o no— le dije: "Ustedes dicen que todos los españoles somos católicos porque el Estado español es católico; yo solo digo que no soy creyente. De ahí para adelante ponga usted lo que quiera, no le voy a decir más". El tío se cabreó hasta más no poder y me tuvo todo el tiempo que estuve allí en una celda de esas de la Inquisición, porque lo era, incluso aún existían en las paredes y en el suelo los grilletes de haber tenido a los presos atados de pies y brazos. Tenía la ventanita aquella que se ve en las estampitas en forma de embudo que empezaba como una esfera grande y terminaba en un agujerito como el fondo de una botella. En la esfera cabía un cuerpo y por el agujerito un pájaro. Era tremendo.

Allí, las compañeras que servían las comida, que también eran políticas, conmigo se portaron muy bien. Me subían revistas, el rancho como a mí me gustaba, caldito para entrar en calor. La gente no se portó mal.

—¿Era la cárcel de Predicadores?

Pues lo sería, no sé, porque tal como me metieron, me sacaron, no supe dónde estuve.

—En la cárcel de Zaragoza, ¿estuviste aislada todo el tiempo?

Aislada, sí, allí no había nada más que las chicas que me subían la comida.

—¿Tenías cama de hierro?

Sí, sí, había cama, allí era imposible dormir en el suelo; bueno, imposible no, porque todo era posible con esta gente, pero, vamos, eran losas de piedra y fíjate qué grosor de paredes habría, más que esta mesa (noventa centímetros) y a un extremo estaba la puerta que daba a la galería y al otro extremo la puerta que daba a la celda;

Testimonio de mujeres en las cárceles franquistas.- Disponible en: www.villadeorgaz.es

en este rellano, entre puerta y puerta, se quedaba la que llevaba el rancho, abrían la puerta y me lo daban y en un descuidito de la funcionaria, que se entretenía con las estraperlistas, me pasaban revistas para que me distrajera, y me echaban un poquito más de rancho, se portaban bien.

Ya de allí me llevaron a Bilbao. Iba una expedición de Zaragoza también. En Bilbao la gente se portó muy bien y hasta por las calles trataban de ayudarte a llevar los paquetes. Incluso las monjas de la cárcel de Larrinaga eran distintas, se portaban mejor. Cuando llegamos nos dieron una comida, no buena, en ninguna cárcel te daban rancho bueno, pero comimos. Allí estuvimos pocos días. Nos llevaron a Amorebieta y estuve lo menos nueve o diez meses, hasta que la cerraron. Allí me pasaba la vida castigada, pero ¿por qué? Yo no soy violenta, se ve que es el temperamento que tienes sin darte cuenta; por ejemplo te decían: "A misa", y en misa las monjas, a arrodillarse una y otra vez, y yo decía: "Pero si eso no está en el reglamento. Yo no soy monja y no tengo por qué hacer las cosas de las monjas", y me sentaba en el banco y las demás subían y bajaban, igual que las monjas, pero el ejemplo mío fue cundiendo y nos hicimos un grupito de cinco o seis y entonces no lo aguantaron y un día una monja gorda nos vino por detrás y nos pegó unos empujones que nos hizo caer casi de bruces al otro banco; y nos tuvimos que poner de rodillas.

Yo disculpo a la gente porque la inconsciencia y el miedo, incluso a nosotros mismos, nos hace volvernos a veces en contra de la razón, de la dignidad, y de todo, porque al subir la gente empezó a decir que si éramos tan valientes por qué nos habíamos dejado empujar y poner de rodillas, y como la gente se nos enfrentaba tuvimos que hacer jerigonza igual que todos. Comprendo que eran tonterías, pero tener que meter la mano en la pilita bendita y santiguarse y hacer todo aquello que no sentías. Yo le dije una vez a una monja: "Mire usted, mi madre era más católica que usted y en eso yo no la he obedecido, y la he querido más que a nadie; en ese terreno a usted también la tengo que desobedecer, porque usted no es más que mi madre. Es inútil que me obliguen ustedes porque no lo voy a hacer aunque me quede sola. En eso sí que no voy a ceder". Y no lo hice y me castigaron otra vez.

Había un cartel en la escalera que decía "Silencio", y el cartelito aquel a mí me sacaba de quicio, silencio siempre, y éramos un grupo de unas hermanas asturianas y su madre, "pues este cartelito hay que quitarlo porque, vamos, nos tienen en silencio todo el día". Un día desapareció el cartelito y sólo lo sabíamos las que lo habíamos quitado, para que las demás no dijeran nada, pero se lo figuraron al final, y castigadas otra vez, sin correspondencia.

En Amorebieta, éramos dos que bordábamos y tres que hacían punto, y la labor que entraba en la prisión casi toda nos la daban a nosotras, y las cosas especiales de esmero ya sabía yo que eran para mí, como una colcha que llevaron que era de malla, que estuve hasta las tantas de la noche para terminarla. O sea, que las monjas, a pesar de que políticamente siempre andábamos a la greña, luego, en las labores, nos preferían porque trabajábamos bien y claro siempre teníamos dinero, porque la gente de Bilbao y de toda aquella parte se preocupaban de que en la cárcel no faltase trabajo. Yo, la sensación que tenía es que había mucha preocupación en la calle por nosotras. Un día, por ejemplo, no sé por qué nos hicieron una guarrada con la comida; nosotras comprábamos la leche, nos daban la borona aquella, la echábamos en la leche; un pescadito asado, que por una perra gorda te lo asaban, y cenábamos divinamente,

o sea que en el fondo, las únicas que comíamos de verdad éramos nosotras, nuestro grupo, pero dejan sin cenar una noche a toda la reclusión porque la comida o tenía mucha sal o no tenía nada, no recuerdo, el caso es que al día siguiente la gente estaba endemoniada. Allí, cuando ibas a decir algo te respondían: "¡Silencio!, no podéis decir nada", pero la monja iba todos los días a leernos unas monsergas de unos libritos y ese día trataba algo de las ánimas, los sacrificios, los sufrimientos, los ofrecemos por las ánimas del purgatorio y en ese momento todas las mujeres, toda la prisión a coro contestó: "¿Y el quedarnos sin cenar también se lo podemos ofrecer a las ánimas del purgatorio?". Ella se calló y siguió leyendo, pero cuando terminó de leer se vino hacia nosotras a preguntarnos a quién se le había ocurrido aquello y dijimos que a nosotras, que considerábamos que no era justo quedarnos sin cenar. Entonces armamos una zapatiesta que hasta los guardias nos apuntaban por la ventana con el fusil. Ella, muy chula, diciendo que nos iba a bajar al despacho. A mí ya me habían bajado una vez y no me escuchó el director, me echó el sermón y cuando yo fui a hablar para decir lo que me parecía cerró la puerta y me dejó fuera. Entonces yo le dije: "Bueno, usted nos va a bajar al despacho, pero yo, si bajo, voy a hablar, no crea el señor director que va a hacer como la otra vez que me cerró la puerta, me atraviese en ella y no la cierra. Yo le voy a decir que ustedes echan la comida a los cerdos antes que dárnosla a nosotras, y que ustedes prefieren tirar el aceite también a los cerdos antes que dárnoslo. Que conste que si bajo le digo todo esto, así que haga usted lo que quiera". No me bajó, porque eso era verdad, que lo veíamos nosotras y aunque protestábamos se hacían las sordas... pero hizo otra cosa peor; bajó a la cocina y dijo que nosotras, las dos bordadoras, que llevábamos siempre las planchas a calentar, por lo que nos cobraban diez céntimos por cada plancha, y ella sabía que yo tenía planchas puestas para planchar unos juegos de cama. "¿Saben lo que han dicho las comunistas?, que son ustedes unas guarras y que por culpa de ustedes se han quedado sin cenar". Inocente de mí; bajo a por las planchas y las cocineras, ¡no te digo, cómo estaban! Me pusieron verde, me dijeron que lástima no me quemara la lengua y todo lo que se les ocurrió; yo, para qué decirte, me llevé un sofocón, pensaba: "Resulta que somos las primeras en reclamar nuestros derechos como reclusas y ahora...". Las mujeres de la cocina me pusieron como un trapo; eran anarquistas, zaragozanas, de la CNT, por hacerse eco al chisme que les lleva una monja que a todas nos lleva a raya y cuya intención es querernos enfrentar. Afortunadamente, y no es por presumir ahora, los comunistas, en cualquier sitio que estábamos, siendo tres o cuatro, éramos los que de verdad sabíamos cuál tenía que ser nuestra posición y cómo nos teníamos que comportar; una compañera, fuese quien fuese, lo mismo si era socialista, anarquista o católica, si tenía un problema y podíamos ayudarle, la ayudábamos, pero en cambio, con nosotras no reaccionaban igual, ya lo sabes tú, porque en ocasiones te has visto en apuros muy gordos y no te ayudaban y te decían: "Es que vosotras sabéis salir". Bueno, pues tomad ejemplo de nosotras.

Las comunistas, aunque no voy a decir que hemos sido todas perfectas, en general hemos sabido comportarnos en Amorebieta; éramos el alma de las protestas y de las situaciones; aguantábamos los castigos y solucionábamos los problemas; las demás, fíjate el cisco que me armaron aquel día; lo que tuvimos que discutir para que comprendieran que no habíamos dicho tal cosa de ellas.

Yo estaba tan flacucha, tan delgaducha, que no llegaba nunca a pesar los treinta

y cinco kilos. A mí, la verdad, el hambre no me atormentó; el frío sí. Cuando el rancho parecía que tenía hambre pero lo olía y parecía que me ponían unas cremalleras en la boca y se me quitaba el hambre, del mal olor, "yo no me lo como", al final me lo comía y de casa me empezaron a mandar, porque yo solo pedí aceite para el pescado que nos vendían y algunas cosas en el economato lo bajabas y te lo hacían. Me acuerdo un día que no tenía nada y decidí un arroz con un tomate que compré y un caldo Maggi, y yo no sé si era peor el rancho o aquello que me guisé, ¡oh, qué malo! ¡qué malo estaba aquello! Yo decía: "Aquí la diño", así que no llegaba nunca a tener 36 de temperatura y la Casilda decía que no me ponía el termómetro y que por eso no subía, y un día yo le dije: "Conste que yo no quiero que me lleven a la enfermería, ¿eh?, porque prefieron estar enferma aquí con mis compañeras que en la enfermería, pero quiero que vea que es verdad que no sube el termómetro y me lo pongo". Hice sentar a la enfermera, ponerme el termómetro y que esperara a que subiese. Cuando me lo quitó vio que no subía y le dijo a la monja: "Hermana, es verdad, tiene tanta debilidad que habría que darle unas vitaminas", y dijo: "No, no se le puede dar nada". Yo no decía nunca nada, no iba a quejarme, les decía: "Anda y que os den dos duros", y eso les daba mucha rabia, esa indiferencia mía, así, a la pata la llana, las endemoniaba mucho. Había camas cuando yo fui; ya teníamos cada una la nuestra.

—¿Te acuerdas de aquella sala que hacía la U? Estabais vosotras ya con camas, pues en esa si caía un alfiler no llegaba al suelo. Los petates estaban tan juntos que hasta se encongían y se hacían más pequeños.

Claro, claro, igual que en Ventas; pues cuando yo fui había camas. Estaban las monjas, la hermana que nos leía las oraciones, la hermana Basilia; una gorda que se reían de ella porque era buenecita y no nos hacía la vida imposible, no se metía con nosotras. Las monjas decían que era tonta, y luego el director, que no se le veía nunca por la prisión, y funcionarias no había ninguna, o sea, que eran las monjas solas que llevaban la disciplina, las monjas y el fraile, el semental. Era un tío bestia, además era odioso hasta explicando el catecismo... nosotras no le hacíamos caso.

Nos hacen el traslado a Segovia y seguimos juntas las cinco. A nosotras ya no nos pilló la huelga pero sí un problema: que cogieron unas notas a una camarada que estaba un poco enloquecida, no voy a dar su nombre, y hubo un problemón tremendo, no sé cómo no nos fusilaron; a ella la metieron en una celda, en fin, que nos dio mucha guerra. Pudo haber otra huelga en los meses que me quedaron de estar. Subió una compañera y nos dijo que los garbanzos que nos iban a dar en la comida estaban apolillados y que no los cogiésemos. Se enteraron de que ya estábamos dispuestas a no coger la comida y cambiaron los garbanzos por otras cosas. Comprendimos que era cierto y que había una chivata porque castigaron a la compañera que avisó, bajamos al centro y la soltaron enseguida; se ve que se acordaron de la huelga pasada y no quisieron repetirla.

A mí se me ocurrió decir a la funcionaria: "¡Ay!, señorita, no la metan ustedes en la celda, que son peores que las de la Inquisición". ¡Ja!, y solo por decirle eso me pusieron seis meses más de cárcel, ¿qué te parece? Sin embargo un día en una visita me adelanté y le dije al director que nos dejase leer la prensa y que nos diese azúcar para el café; el director no me dijo nada ni me castigaron, no me hicieron caso y ya está, pero con lo de las celdas de la Inquisición... Yo decía: "¿Pero cómo van a meter

ahí a esa mujer por una tontería? Ella ha querido gastarnos una broma y ha dicho eso; como podía haber dicho que era caviar lo que nos iban a dar ustedes". Pues por decir eso, seis meses de propina me pusieron, que los pasé mal, muy mal. Salí enferma de verdad.

—En cambio, no llegaste a demostrarlo, siempre se te veía alegre y contenta.

Claro, donde hubiese alguien cantando, allí estaba yo.

—¿Te acuerdas de alguna de las canciones?

¿De las canciones de la cárcel? No, se me han ido olvidando. Lo que son las cosas. Yo soy una de las personas que aparentemente he llevado mejor que otras la prisión, pero era de las que peor la llevaban. Nunca decía nada, no he creado problemas porque nadie me podía solucionar nada; si estábamos allí, pues a aguantar, pero soy una persona muy inquieta, me paso el día yendo y viniendo, haciendo y deshaciendo, y soy feliz, pero me estoy todo el día así sentadita como ahora y termino muerta, con dolores de huesos, con un cansancio horrible. Imagínate sentada todo el día en el petate o andando sobre el mismo ladrillo... yo me ponía enferma, estaba flaca como una sardina. Era horrible, yo lo pasé muy mal, así que cuando salí dije: "Vamos a ver cómo hago para no volver a la cárcel; tengo que estudiar la manera de no volver más".

—No te he preguntado si tienes fotos.

¿De la cárcel? Mías no tengo.

—¿Y tú no te hacías fotos?

Ay, no. Una vez fueron a hacer fotos y salió una zapatilla nada más y la conocimos porque me la había hecho yo de unos trapos con flores. A partir de entonces dije: "A mí no me retratan esos tíos". Yo era muy *rabuda*, y ahora parece que me hubiera vuelto ñoña, ya no soy tan *rabuda*.

—¿Cuándo saliste volviste de nuevo a la clandestinidad?

Salí en el 47, y lo pasé muy mal, yo pienso que no he estado mucho tiempo en la cárcel, he sido la que menos he estado de las compañeras que, como yo, teníamos más responsabilidad, porque total, siete años... Cuando digo "total, siete años", la gente dice: "¡Huuuy!", pero comparándolos a los que han estado veinte no es mucho. Pero si dentro lo pasé mal fuera lo pasé peor porque, aunque te digo de verdad que me ha querido mucho la gente, que se han portado muy bien conmigo; cuando salí se desvivían por invitarme a comer, a recibirme en su casa, me daban cariño, pero lo que necesitaba era trabajar y nadie se atrevía a responder por mí en ningún sitio. Por ejemplo, yo creía que para mí la solución era haberme colocado de costurera en un hotel, es posible que fuese porque la comida la tendría asegurada, que no era modista, pero coser sabía. Oye, pues yo conocía gente que tenía relaciones con hoteles y nadie se atrevió a responder por mí. En Galerías Preciados había también quien podía haberme echado una manita. Me daban mucho cariño, cuando me veían les daba mucha alegría y no me ofrecían dinero porque me conocían bien y yo les hubiese dicho que no lo necesitaba aunque así fuera. Hubo un grupo de compañeros que no me podían buscar trabajo porque eran intelectuales y en su campo no podía trabajar yo, pero, en cambio una me daba para que le cosiera una blusita o una camisa para el marido porque sabían que necesitaba ayuda. Yo, francamente, sé que las hacía mal, ponía toda mi voluntad en hacerlas bien pero no soy modista, yo soy bor-

dadora, pero se las hacía con el ansia de ganarme los cinco duros que les iba a cobrar y ellas me los daban aunque arrinconasen la blusa. Yo creo que seguramente las han arrinconado porque si a mí no me gustaba cómo quedaban, a ellas... no se las pondrían, digo yo.

Luego una compañera, Lola Freixa, me buscó trabajo en una tienda, en Don Ramón de la Cruz, de ropa de niños. Me escribió una carta diciéndome que fuese a ver si me interesaba. Fui y me dieron trabajo; me mandaron hacer vestiditos, pantaloncitos, que en mi vida los había hecho. No era más que con el propósito de ayudarme, porque yo he visto cosas que las han saldado porque no las vendían, estaban mal hechas de verdad. La gente me ayudó en lo que pudo pero fue difícil, muy difícil. Recuerdo un día que fui a ver a una chica que el hermano, que murió, siempre había andado detrás de mí. El marido me empezó a hablar mal del Partido, agarré semejante sofocón que cuando llegué a mi casa me dicen: "Oye, ¿qué te pasa?". Llevaba hasta las orejas congestionadas del sofocón que me dieron. Bueno, así, esos sofocones te los daban y yo me daba unos hartones de llorar que decía: "Pues casi prefiero estar en la cárcel, porque si ahora que estoy en la calle y voy a ver a los que fueron, pero que no pasaron por donde nosotras, te reciben con alegría, eso sí, pero luego te empiezan a decir que si eres idiota, que si te han metido en esto, en lo otro...". Así que en aquellos momentos yo, francamente, no volví al trabajo del Partido. Mantuve la relación con toda la gente mía. Después fueron saliendo compañeras y fue la cosa mejor porque nos íbamos relacionando unos con otros y nos fuimos ayudando. Me abrí camino como pude, pero la relación que he tenido ha sido eso, cotizar y recibir el material, eso es lo único, o sea, que no puedo decir: "Yo he hecho este trabajo".

Comentar cosas que has vivido, has oído y has visto sería no acabar. Mira, yo soy nacida en Orgaz, pues de los alrededores llevaban allí a fusilar a la gente. En Orgaz a las chicas las ponían en pelotas y sacaban a los hermanos y a los padres a verlas; les cortaron el pelo, les dieron aceite de ricino y las sacaban por el pueblo. Allí fusilaron a mucha gente. A una familia la destrozaron; eran campesinos, acomodados, muy trabajadores; el padre era un hombre por el que yo siempre he sentido admiración, era un hombre para el que mi padre había trabajado, mi padre era obrero en aquella casa, pero todo el mundo se creía que éramos familia porque siempre que íbamos mataba un cordero y nos recibía con alegría. Tenía un chico al que llamábamos *el Morenito* y otro que se llamaba Juan; a estos chicos los fusilaron sin expediente a los dos, sin juzgarles ni nada, y una hija ha estado en Amorebieta, por Saturrarán, por esos penales; tenían su hacienda y los dejaron en la calle. Al padre lo tuvieron en Burgos, en el penal también, muchos años.

El sastre por el cual caí la segunda vez, el otro día, en la asamblea de los jubilados, me lo encontré y fue él el que me conoció, vino a mí y me dijo: "¡Ay, qué alegría verte!". Bueno, pues qué vamos a hacer, nos dimos la mano... ¡han pasado tantos años! Él estaba muy cambiado, envejecido, me saluda y yo le respondo. Si tienes que borrar de tu mente la revancha con el enemigo, cómo no lo vas a hacer con los que fueron amigos.

Hemos pasado de todo, más malo que bueno, pero éramos jóvenes y también

hemos pasado buenos ratos para distraernos, y tenías que hacer estas cosas o te morías de asco y era aún joven para quererme morir, y ya ves, aunque ya estamos viejas y achacosas por lo que nos han hecho pasar, hemos visto morir al dictador y él no hizo morir a nuestro Partido como tantas veces lo había dicho. Aquí estamos los viejos con un Partido joven.

Se incluye en este volumen la colección de *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*, que fueron publicados por Ediciones Sirocco en tres tomos diferentes a lo largo de los años 80 y tuvieron muy poca difusión. Es esta, pues, una reedición necesaria para recuperar la memoria de tantas mujeres que, como las que aquí se recuerdan, dieron su vida por la libertad y en las prisiones franquistas dejaron lo mejor de sus días.

Tomasa Cuevas Gutiérrez (Brihuega, Guadalajara, 1917) es la mujer que durante años recorrió los distintos pueblos de España recabando los testimonios que hoy ven la luz. En la actualidad, a sus 87 años, en una silla de ruedas y con dificultades de audición, aún aparece como la mujer fiera e indomable que entregó su vida por una causa: la libertad, y que, víctima del machismo y la injusticia histórica, espera, no sin rebelarse, el final de una vida olvidada por tantos y utilizada por todos.

Jorge J. Montes Salguero es profesor titular de Historia del Derecho y las Instituciones en la UNED. Estudioso de temas de género, en especial de la mujer republicana, fruto de su compromiso social ha publicado, entre otros artículos, "El universo femenino de la República" (Madrid, 2003) y "¿Es posible tanta intolerancia? Las mujeres en las cárceles franquistas" (Madrid, 2004), y ha preparado de forma desinteresada esta edición. Ha sido secretario general de su Universidad y, en la actualidad, es vicerrector de Alumnos de la misma.

UNED

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES
Diputación de Huesca

ISBN 84-8127-150-0